

Ha publicado diferentes ediciones de sus obras.

---

LUIS GONZAGA ORTIZ.

---

Luis Gonzaga Ortiz es uno de los poetas líricos mexicanos que más justa nombraría consiguió como trovador del bello sexo, que ha tenido en su lira un altar de plata, y en su corazón un templo de flores.

Sus versos son armoniosos y dulcísimos, como conviene á la delicadeza de imágenes que en ellos abundan, y no deja alguna vez de encontrarse también grande elevación en los pasajes dramáticos que suele abordar.

Aparte de éstas, que son sus principales glorias, se ha distinguido como prosista en sus cuentos y leyendas; ha redactado el *Diario Oficial*, y ha presentado en escena alguna traducción de comedias francesas.

Ha hecho detenidos viajes por Europa, y recogido, en bellas poesías, sus impresiones, siendo las más notables las referentes á España é Italia.

---

HEBERTO.

Poco lejana de París vivía  
En casa humilde, mas de honor dechado,  
Miserable anciana que perdido había  
Su esposo fiel, intrépido soldado.  
Mas por egida en su dolor tenía  
Un hijo bello, del esposo amado  
Vivo recuerdo, en el variable suelo  
Único apoyo y fuente de consuelo.

Bello era Heberto, altiva su cabeza,  
Correctas formas y mirada ardiente;  
Mas leve sombra de letal tristeza  
Su faz vestía de expresión doliente;  
Aumentaban su noble gentileza  
Rubios cabellos sobre la ancha frente,  
Los labios frescos y en extremo rojos,  
Color del cielo los rasgados ojos.

Una mañana que en Oriente apenas  
Su disco el sol magnífico asomaba,  
Agobiado el mancebo por sus penas,  
Así á la anciana cariñosa hablaba:  
—«Siento correr ¡oh madre! por mis venas  
De gloria el fuego; mas en tí pensaba,  
Pues aunque gloria y porvenir anhelo,  
Temo dejarte en soledad y duelo.

»Bella es la senda que mi padre un día  
Cruzó, cuando de gloria coronado

Por su rey y su patria combatía,  
Y siempre con honor, siempre esforzado.  
Concédeme que parta, madre mía,  
Quiero gozar la vida del soldado,  
Que de mi caro padre la memoria  
Me inspira sed de revivir su gloria.

» Voy á París, el filo de mi espada  
Me dará nombre y venturosa suerte,  
Y si en la fiera lucha, encarnizada,  
No corta mi existir la cruda muerte,  
Tu seno buscaré, madre adorada,  
Y mi nombre y laurel vendré á ofrecerte.»—  
Así de hinojos el doncel la dice,  
Y llorando, la madre le bendice.

El fiel ministro Marigni, que es fama  
Que *el Justo* le llamaron, bondadoso  
Al huérfano acogió, y al ver que inflama  
La sed de gloria al jóven animoso,  
A la guardia del rey presto le llama.  
Henchido de placer y venturoso  
La espada cife que blandió su padre,  
Y la nueva feliz manda á la madre.

Con el ministro en soledad vivía  
Y huérfana tambien, pero hechicera,  
Jóven hermosa que perdido habia  
A su padre infeliz, que pereciera  
Cuando del rey el trono defendia  
Cubierto de laurel en su carrera.  
Bondadoso el ministro la adoraba,  
Y ella de padre el título le daba.

Blanca llamaban á la jóven bella,  
Y era blanca en verdad como la nieve  
Que allá en la cuna del volcan descuella;  
Pura azucena que la brisa mueve  
En el verde jardin; lánguida estrella

Que lanzá al mundo su reflejo leve;  
Angel que deja la region del cielo  
Y viene sólo para amar al suelo.

En un jardin donde al cruzar hermosa  
La dulce primavera, de sus flores  
Arrojó la guirnalda, que olorosa  
Embriagaba á los dulces ruiseñores,  
La vírgen paseaba silenciosa  
Como vision fantástica de amores;  
Profusamente sobre el blanco cuello  
Vagaba descuidado su cabello.

Sobre la orilla de tranquila fuente  
Que retrataba el azulado cielo,  
Sentóse Blanca con la faz doliente,  
Regando con sus lágrimas el suelo:  
Lloraba su orfandad, y allá en Oriente,  
De la noche rompiendo el denso velo,  
Envidiosa mirábala la aurora  
Al ver que aljófar su pupila llora.

Y al eco de un suspiro á sus piés mira,  
Llenos tambien de lágrimas los ojos,  
Al jóven seductor por quien delira,  
Que ante ella con afan puesto de hinojos,  
Tímido, apénas de emocion respira,  
Y temiendo de Blanca los enojos,  
«Perdona, dice, si á tu triste llanto  
Viene á juntar Heberto su quebranto.

» Huérfano tambien soy, solo en el mundo,  
Sin porvenir, sin nombre, sin fortuna;  
Al brotar mi existir del polvo inmundo,  
Un genio malhechor meció mi cuna.  
Sólo escuché de mi dolor profundo  
El eco aterrador, y de una en una  
Vi de mi juventud las tiernas flores  
Inclinarse á morir ya sin colores,

»Mas despues te miré, y aquí en el alma  
Tu imágen se grabó cándida y pura,  
Y de la noche en la profunda calma,  
Hermosa cual la estrella que fulgura,  
Gentil como en desierto altiva palma,  
Vagaba en mis ensueños tu hermosura,  
Y despertaba tras la noche umbría  
Tu imágen viendo al resplandor del día.»

La virgen suspiró; lágrima ardiente  
Surcó gozosa la sin par mejilla,  
Y con la voz cortada y balbuciente,  
Le dijo así con expresion sencilla:  
«Fiero dolor el corazón presente,  
Lúgubre el porvenir, lánguido brilla...  
Mas ¿qué importa que el labio calle incierto,  
Si grita el corazón que te amo, Heberto?»

Y el aura suspiró, y en la enramada  
La tórtola sus cantos repetía,  
Y en su trono de nácar reclinada  
La inocencia de gozo sonreía,  
Y con la blanca mano delicada  
Sus lágrimas preciosas recogía,  
Cual ricas perlas de belleza extrema  
Para adornar con ellas su diadema.

Horas dichosas, que el dolor no pudo  
Interrumpir con su letal veneno,  
Pasaron juntos en amante nudo  
Blanca feliz, el jóven en su seno.  
De la virtud bajo el brillante escudo  
Se deslizaba su existir sereno,  
Juntos estaban al nacer el día,  
Juntos cuando la luna aparecía.

Una tarde en que el sol iba llegando  
Adonde de su luz cesa el imperio,  
Los nuevos rayos de su luz forjando

Para ir á iluminar otro hemisferio,  
Y la noche sus velos desplegando,  
Las puertas entreabria del misterio,  
Próximo al Louvre Heberto discurria,  
Y en pensar en su amor se entretenia.  
Y cerca de él, como vision de duelo,  
Cruza una dama de figura bella,  
Cubierto el rostro con tupido velo,  
Dejando apénas de su curso huella.  
Mírala el jóven con galante celo,  
Fija amoroso su mirada en ella,  
E inconstante olvidando á Blanca hermosa,  
Contempla á la velada misteriosa.

Ella, tranquila, se acercó al soldado  
Y así le dijo con acento ardiente:  
— Si cual eres galán y enamorado  
Eres también intrépido y valiente,  
Toma este anillo, y cuando ya sonado  
Hayan las ocho, sin temor ni gente,  
Del Sena undoso en la escarpada orilla  
Aguarda una señal y una barquilla.

Luégo desapareció; y el inconstante,  
Olvidando el amor de un ángel puro,  
Fué á vestir un traje deslumbrante  
Para entregarse á su placer impuro.  
Pensativo vagaba el nuevo amante,  
Cuando miró, cual mágico conjuro,  
Seguido de la plebe un agorero  
Pálido, misterioso y altanero.

Como su negra barba que bajaba  
En rizos mil llegando á la cintura,  
Fatídico era el saco que formaba  
Del adivinador la vestidura.  
Sonrióse Heberto, que en amor soñaba,  
Al ver la extraña y sin igual figura;

Mas detúvole al paso en su camino  
El misterioso y pálido adivino.

Atento examinó con raro empeño  
La diestra mano del doncel amante,  
Que con aire pacífico y risueño  
Miraba al silencioso nigromante,  
Más luégo el sabio, con horrible ceño,  
Le dijo así con tono penetrante:  
«Goza hoy de tu placer, pues ten por cierto  
Que mañana, señor, estarás muerto.»

El soldado tembló con la sentencia,  
Mas pronto, disipando sus temores,  
Dejó del nigromante la presencia  
Pensando en dicha, en ilusión y amores:  
«Y si sólo me resta de existencia,  
Dijo, breves momentos voladores,  
Y mi fin anunció mi aciaga estrella,  
Quiero morir en brazos de mi bella...»

Aun no pasaba el último sonido  
De la hora de la cita, y ya á la orilla  
Un hombre se miraba entretenido  
A un árbol sujetando su barquilla.  
Al eco inesperado de un silbido  
El rostro vuelve y su mirada brilla;  
Muestra Heberto el anillo, y luégo entrando  
En la barca, se aleja y va cantando.

Bogan ligeros, y en la densa sombra  
Divisa Heberto la elevada torre  
De Nesle, á cuyo pié sirve de alfombra  
El ancho Sena que agitado corre.  
Nada al mancebo valeroso asombra,  
No hay quien osado sus designios borre,  
Que lleno de placer ve la morada  
Donde debe encontrar á la enlutada.

. . . . .

Se mira una mujer, que aunque es hermosa,  
Tiene del tigre la mirada odiosa.

«— ¿Se concluyó?» pregunta. «Está en el río»,  
Contestan los verdugos, que enjugando  
Están el hierro, y con furor impío  
La roja sangre alevos contemplando.  
«¡Lástima de doncell! ¡belleza y brío!»  
Murmura Margarita, y suspirando,  
Vuelve del Louvre á su brillante estancia  
La altiva reina de Borgoña y Francia.

La aurora apenas el lejano Oriente  
Con sus tintas de rosa iluminaba,  
Y á orillas de la plácida corriente  
El cuerpo de un soldado se miraba.  
Una mujer, tan bella cual doliente,  
Sobre el cadáver misera lloraba;  
Era blanca Ménier; su labio yerto  
La muerte implora por seguir á Heberto.

---

## LAURA MÉNDEZ.

---

Laura Mendez de Cuenca, á quien el autor de estos renglones ha tenido el honor de contar en el número de sus más ilustradas discípulas, aunque no en literatura, es una muy estimable poetisa que en 1874 comenzó á publicar sus bellas composiciones escudada modestamente con el anónimo.

El efecto que causaron, y más que todo las dificultades que el genio tiene para permanecer oculto, la descubrieron más tarde, y desde entónces figura como una de las glorias de su sexo en su patria, envidiable corona que entreteje á las que ya le habian acordado sus virtudes y su ilustracion.

Es esposa de uno de los distinguidos poetas que figuran en esta coleccion.

---

## ¡ADIÓS!

Adios; es necesario que deje yo tu nido,  
Las aves de tu huerto, tus rosas en boton;  
Adios; es necesario que el viento del olvido  
Arrastre entre sus alas el lúgubre gemido  
Que lanza, al separarnos, mi pobre corazon.

Ya ves tú que es preciso, ya ves tú que la suerte  
Separa nuestras almas con fúnebre capuz;  
Ya ves que es infinita la pena de no verte,  
Vivir siempre llorando la angustia de perderte,  
Con la alma enamorada delante de una cruz.

Despues de tantas dichas y plácido embeleso,  
Es fuerza que me aleje de tu bendito hogar;  
Tú sabes cuánto sufro y que al pensar en eso  
Mi corazon se rompe de amor en el exceso,  
Y en mi dolor supremo no puedo ni llorar.

Y yo que vi en mis sueños al ángel del destino  
Mostrándome una estrella de amor en el zafir,  
Volviendo todas blancas las sombras de mi sino,  
De nardos y violetas regando mi camino,  
Y abriendo á mi existencia la luz del porvenir!

Soñaba que en tus brazos, de dicha estremecida,  
Mis labios recogian tus lágrimas de amor;  
Que tuya era mi alma, que tuya era mi vida,  
Dulcísimo imposible tu eterna despedida,  
Quimérico fantasma la sombra del dolor.

Soñé que en el santuario, donde te adora el alma,  
Era tu boca un nido de amores para mí,  
Y en el altar augusto de nuestra santa calma,  
Cambiaba sonriendo mi ensangrentada palma  
Por pájaros y flores y besos para tí.

¡Qué hermoso era el delirio de mi alma soñadora!

¡Qué bello el panorama alzado en mi ilusión!  
Un mundo de delicias gozar hora tras hora,  
Y entre crespones blancos y ráfagas de aurora  
La cuna de nuestro hijo como una bendición.

Las flores de la dicha ya ruedan deshojadas,  
Está ya hecha pedazos la copa del placer!...  
En pos de la ventura buscaron tus miradas  
Del libro de mi vida las hojas ignoradas,  
Y alzóse ante tus ojos la sombra del ayer.

La noche de la duda se extiende en lontananza,  
La losa de un sepulcro se ha abierto entre los dos;  
Ya es hora de que entierres bajo ella tu esperanza,  
Que adores en la muerte la dicha que se alcanza  
En nombre de este poema de la desgracia: ¡Adios!

---

## ANSELMO ALFARO.

---

Anselmo Alfaro se ha hecho conocer y apreciar por sus polémicas periodísticas que mantiene siempre con ilustración y buen juicio, haciendo gala de una grande energía, que alguna vez le ha envuelto en lances que le han proporcionado ocasión de probar su serenidad y destreza.

Es autor de una novela bien recibida, y como poeta lírico es inspirado y brillante.

---

## EL GENIO.

Quiso Dios dotar á un sér  
De los que habitan el mundo  
Con espíritu profundo  
E indisputable saber;  
Para poderlo tener  
Como un sol universal

Le dió de ciencia un fanal,  
«Genio» el hombre le llamó,  
Y el genio se levantó  
Como el águila caudal.

Condor de atrevido vuelo,  
De penetrante mirada,  
Que busca en la misma nada  
Una página del cielo;  
Mártir que en su propio duelo  
Alimenta su existencia  
Para darle á la experiencia  
Un libro abierto en la vida:  
Cada libro es una herida  
De donde brota la ciencia.

En cada siglo que crece,  
Como en cada firmamento,  
Hay un sol, el pensamiento  
Que con amor resplandece,  
Que nunca el tiempo oscurece,  
Ni tendrá jamás nadir:  
Es dios para no morir,  
Grande como lo infinito,  
Cuyo nombre será escrito  
Con los astros del zafir.

Como la estela en el mar,  
El genio brilla en lo inmenso;  
Como el fuego más intenso;  
Como el tumbo al resonar,  
Así se anuncia al llegar;  
Pompas mil no le han bastado,  
Ni lauros lo han coronado,  
Que no es bastante corona  
La que la tierra le abona  
Al espíritu elevado.

El se anuncia en tempestades,

En las batallas es gloria,  
En las tumbas es memoria,  
Y del mundo en las edades,  
Sólo deja claridades  
Que son sus divinas huellas,  
Cuando brillantes y bellas  
Cintilan en su palacio,  
Que es el azulado espacio,  
Las rutilantes estrellas.

¡No cabe en la forma humana  
Que ésta es pobre y miserable!  
Como el mar es insondable,  
Como creación soberana,  
Sólo tiene una mañana  
Hermosa y primaveral,  
Siempre en los siglos igual,  
Eterna des que nació,  
Porque sin sombras brilló  
En la región celestial.

Bajo forma diferente  
Cabe el genio en la materia,  
El hombre es sólo la arteria  
Que comunica á la mente  
Luz y ciencia indeficiente:  
Puede esta masa morir,  
Pero en ella ha de lucir  
El soplo en Dios encendido,  
Y jamás ha sucumbido  
La luz que le ha de seguir.

Por eso el Genio no tiene  
Ni hogar, ni patria en el mundo,  
Es como el sol de fecundo,  
Va al cielo y del cielo viene:  
Misterio que se mantiene  
Por una ley poderosa,

Ola de mar tempestuosa  
Arrolladora y rugiente,  
Intensísima corriente  
De espuma blanca y undosa.  
Tormenta que se desata  
En el cerebro de Dios;  
El eco que marcha en pos  
Del trueno que se dilata;  
Rayo que alienta y no mata,  
Disputadora potencia  
De la clara inteligencia;  
Como rey, todo avasalla,  
Como Dios, todo lo acalla,  
Y es fuego, y es luz, y es ciencia.  
Vive á veces olvidado,  
Y perdido allá á lo léjos,  
Mas cual del sol los reflejos  
Por las nubes entoldado,  
Siempre romperá el nublado  
Un rayo de sus fulgores,  
Y si los densos vapores  
Se desvanecen del cielo,  
Fúlgido y limpio en el suelo  
Se reflejan sus colores.  
¡Oh, genio! un astro brillante  
En la existencia serás;  
De Dios te transformarás  
En la esencia palpitante!  
Será tu grito « ¡adelante! »  
Y á tu voz la humanidad  
Dejará á tu potestad  
Paso libre y anchuroso,  
Y grande, inmenso y hermoso  
Serás *la inmortalidad!*

## IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Ignacio Manuel Altamirano nació el 13 de Noviembre de 1834 en Tixtla, capital del Estado de Guerrero, y como D. Benito Juárez, el más eminente hombre de México, es indígena de pura raza.

Pobre y oscura su familia, apenas en sus primeros años tuvo Altamirano unas ligeras nociones de instrucción primaria, que bastaron, no obstante, para revelar lo que el jóven indio podría llegar á ser, y á lo cual debió que las autoridades de su pueblo le escogiesen, previa oposición con otros jóvenes, para enviarle á recibir una educación superior al Instituto de Toluca, lo que se verificó en 1849. Destinado por la Providencia á triunfar á la manera de César, no estudió materia alguna en que no obtuviese la primera calificación y el premio de honor. Pequeño para su talento el Instituto de Toluca, pasó al de San Juan de Letran en México, obteniendo en él triunfos idénticos.

Ante la dictadura del general Santa-Ana y por efecto de sus propios excesos, surgió entonces el gran partido liberal, que hoy domina en la República, y Altamirano se afilió en él tomando como militar parte activa en la revolucion de Ayutla.

Apénas triunfaron sus ideas, volvió de nuevo á sus estudios, y con la mayor brillantez concluyó su carrera de abogado en 1859. Lanzado de nuevo á la lucha el partido liberal á consecuencia de los abusos reaccionarios, estalló entonces la guerra de Reforma, y Altamirano luchó por el triunfo como periodista y como soldado, adquiriendo tal nombradía que fué electo diputado al Congreso general de 1861.

Como el caudillo romano, le bastó llegar y ver para encontrarse victorioso una vez más, y Altamirano brilló en la tribuna parlamentaria hasta deslumbrar, no sólo á sus oyentes, sino á todo el país. No ya los periódicos nacionales, los escritos en idioma extranjero se deshicieron en entusiastas elogios: « Toda la ciudad — decia *L'Estafete* — resuena todavía con el discurso pronunciado en la Cámara por el Sr. Altamirano.... Su manera de decir es concisa y de una firmeza notable.... La fuerza de su palabra consiste, sobre todo, en una argumentacion cerrada, encadenada sin arte aparente, pero rigurosamente apoyada en

citas históricas oportunas y bien escogidas.... Jamas en México se ha oido un orador tan enérgico y arrebatador.... » Entonces fué cuando se le llamó el *Danton de América*, y su nombre salió por primera vez de su país, publicando el retrato del gran orador *L'Illustration Française* y el *Correo de Ultramar*, en París, acompañado de encomiásticos artículos.

Como si la fama no se hubiese hallado satisfecha con haber elevado á tal altura á Altamirano, le proporcionó nuevas é imperecederas glorias con la guerra de intervencion francesa y del imperio de Maximiliano. Lanzóse á combatir en 1863; en 1866 ganó la accion de Tierra Blanca; tres dias despues, la de los Hornos; en 1867 obligó á los imperialistas á evacuar todas las plazas que ocupaban en los Estados del Sur, se apoderó de Cuernavaca, pereciendo en la accion el jefe imperialista; ocupó el valle de México y llegó á situarse á cuatro leguas de la capital: en Marzo del mismo año marchó al sitio de Querétaro, distinguiéndose en los más reñidos encuentros, tales como en la terrible accion del *Cimatario* del 28 de Abril y el de Callejas de 1.º de Mayo, siendo recomendado por el general en jefe como un héroe.

Restablecida la República, Altamirano fué electo magistrado de la Suprema córte

de Justicia, de la que ha sido fiscal, y últimamente presidente en sustitucion del Sr. Vallarta: ejerció tambien el cargo de Procurador general de la Nacion.

A él sólo debe la literatura moderna mexicana todo su esplendor; á él, que ha sido para todos los escritores más que un amigo, un padre. Se le llama, y lo ha sido, *el maestro*: con entera justicia se le considera el patriarca de la actual generacion literaria. Él ha fundado ó contribuido á fundar las primeras sociedades en su género: él ha creado y dirigido muchos de los primeros periódicos y semanarios: ninguno de sus compatriotas ha reunido mayor número de diplomas de corporaciones científicas y literarias extranjeras. Como profesor, ha desempeñado en los establecimientos oficiales las cátedras de latinidad, de Derecho Administrativo, de Historia general y de México, de Historia de la filosofía.

Sus principales obras son: *Rimas*, preciosa coleccion de poesías; *Movimiento literario en México*, *Dramaturgia mexicana*; *Baltasar*, *Medea*, revistas criticas en que campea una erudicion desmedida; *Clemencia*, *Antonia* y *Beatriz*, *Luisa*, *La Navidad en las Montañas*, novelas y leyendas, la primera, sobre todo, inimitable.

Altamirano es una de las más notabilísimas figuras de su patria.

### PLEGARIA EN LA MONTAÑA.

¡Oh mártir del Calvario!... ¡Sublime Nazareno,  
Que escuchas del que sufre la tímida oracion,  
Que amparas y consuelas en su pesar al bueno,  
Que alientas del que es débil el triste corazon!

Piedad para los hijos del pueblo, que inocentes  
En la miseria yacen; protégelos, Señor;  
Tú ves cómo se muestran en sus tostadas frentes,  
Que inclinan sollozando, las huellas del dolor.

En tiempos ¡ay! mejores con tierno y dulce acento  
Vinieron á cantarte de tu madero al pié;  
Mas hoy la agrias heces apuran del tormento  
Y sólo con su llanto te expresarán su fe.

¡Perdon!... Hoy no pudimos en medio á los pesares  
Que el pecho nos traspasan, venir á tributar,  
Ni palmas en el atrio, ni frutos á millares,  
Ni aromas en tu templo, ni flores en tu altar.

Los huertos sin cultivo perdieron su verdura,  
Baluartes los peñascos de la montaña son,  
Cadáveres de hermanos tapizan la llanura,  
Y en vez de los arados arrástrase el cañon.

En los maizales tiernos las cañas se doblegan,  
Que de la sangre hiriólas el hálito mortal;  
Las linfas abrasadas del rio ya no riegan  
Sino collados mustios y estéril bejucal.

Nosotros, desdichados, debajo la cabaña  
Las lágrimas vertemos en nuestro amargo pan,  
Temblando por la guerra que invade la montaña,  
Temblando por los hijos que á arrebatarnos van.

Conturban las congojas del alma del creyente,  
De duelo está la patria, de duelo está el hogar,  
Los brazos caen rendidos, y en la abatida frente  
Descarga rudos golpes la mano del pesar.

Señor; cuando en un tiempo vagaban perseguidos

Los hijos de tu pueblo, tú fuiste su sosten :  
Tus hijos también somos, llegamos afligidos  
Al pié de tus altares ; protégenos también.

Tú que la paz quisistes, Apóstol de los cielos,  
Si á México contemplas, ¡oh, sálvala, Señor!  
Aparta de sus hijos el cáliz de los duelos,  
Aparta de sus hijos el bárbaro rencor.

¡Oh, cuál en tu presencia renace la esperanza!  
¡Cuán bella entre las sombras empieza á relucir!  
¡Ah, sí, la blanca aurora ya ruge en lontananza!  
¡Gracias, Señor, es ella..... la paz del porvenir!

Entónces quemaremos incienso en tus altares ;  
Y en vez de esas coronas de fúnebre saúz,  
Tendremos frescas palmas y frutos á millares,  
Y flores de los campos que adornarán tu cruz!

A.....

De antiguo templo en la derruida nave,  
Donde todo es silencio y soledad,  
La paloma un asilo buscar suele

Para vivir en paz.

Y aquí en mi corazón callado y triste,  
Que el culto de otro amor no turba ya,  
Refugio á tu inocencia hallar podrias  
Sobre el desierto altar.

Ni el nombre de los númenes que un día  
Efímeros vivieron hallarás,  
Que una sombra siquiera en mis recuerdos  
Que te lastime no hay.

Yo en en cambio aspiraré dichoso y mudo  
Tu aroma virginal.

## ADVERTENCIA.

El órden de colocacion dado á los poetas  
incluidos en este libro no obedece á determi-  
nado plan alguno, y mucho ménos al que  
pudiera referirse al mérito de cada autor.

---

## ÍNDICE.

---

	Páginas.
Al lector . . . . .	5
Isabel Prieto de Landázuri. . . . .	9
José Rosas. . . . .	22
José María Vigil. . . . .	32
Ignacio Ramírez. . . . .	39
Mannel M. Flores. . . . .	44
Agustín F. Cuesta. . . . .	55
Justo Sierra. . . . .	62
Mannel Peredo. . . . .	72
Guillermo Prieto. . . . .	78
José Peon Contreras. . . . .	81
Juan de Dios Peza. . . . .	86
Juan B. Hajar y Haro. . . . .	93
Joaquín Gómez Vergara. . . . .	106
José Fernández. . . . .	112
Vicente Riva Palacio. . . . .	116
Mannel Acuña. . . . .	119
Francisco G. Cósmes. . . . .	123
Joaquín Téllez. . . . .	130
Gustavo Adolfo Baz. . . . .	133
Anrélio Luis Gallardo. . . . .	138
José Monroy. . . . .	144
Mannel de Olaguibel. . . . .	152
Eather Tapia. . . . .	156
Agapito Silva. . . . .	163
Luis Gonzaga Ortiz. . . . .	168
Laura Méndez. . . . .	178
Anselmo Alfaro. . . . .	181
Ignacio M. Altamirano. . . . .	185
Advertencia. . . . .	191

---

BIBLIOTECA POPULAR ECONOMICA

---

## ESCRITORAS ESPAÑOLAS

CONTEMPORANEAS

---

VERACRUZ — PUEBLA

LIBRERÍA "LA ILUSTRACION"

—  
1882